



Vista general.

llegara a desparramarse por la baja formando en ella un gran núcleo al N. del castillo, núcleo que siguió aumentando en siglos posteriores, sobre todo en el XV, merced al gran ensanche hecho por el cardenal Mendoza. En el siglo VI constituía ya Sigüenza una de las mitras castellanas, pues su obispo Protógenes asistió al III Concilio de Toledo celebrado en el año 589, y a partir de dicha fecha nunca faltó prelado de la diócesis, ni aun durante los años de dominación agarena. Por entonces decayó la importancia de la población, acaso porque los invasores no le diesen otro valor que el castrense, grandemente apreciado, según denota el hecho de que edificaran el ingente castillo.

Los cristianos se apoderaron de Sigüenza en el año 1085 —el mismo en que Alfonso VI conquistó a Toledo—; pero pronto volvió a caer la plaza en poder del árabe, hasta que en 1124 fué reconquistada definitivamente —al menos la parte baja de la población— por el valeroso don Bernardo de Agen, uno de los monjes-guerreros de Cluny que por entonces fueron promovidos al episcopado español, y a quien Alfonso VII *el Emperador* había concedido la mitra y señorío de Sigüenza, para premiarle su actuación en la cruzada contra la Media Luna. Rendida, al fin, la fortaleza, quedó también aneja al gran abadengo feudal. Aquella protección áulica y el intenso afán de sus obispos hicieron que la ciudad adquiriese gran importancia, máxime al extenderse la diócesis por partes considerables de lo que hoy son las cuatro provincias limítrofes de Guadalajara, Soria, Segovia y Zaragoza. Durante siglos,

los Provisores de los obispos —dignidad que allí tuvo Cisneros— eran, a la vez, alcaldes o jueces civiles, y la designación de los cargos concejiles constituía prerrogativa de los prelados, cuya resistencia fué el grandioso castillo. Dato importante, revelador de esa tradicional jerarquía alcanzada por la mitra saguntina, es que en un solo siglo nueve de sus obispos llegaron a ser cardenales, lo cual no resulta extraño si reparamos en que durante siete centurias hubo muchos de ellos y bastantes canónigos que contribuyeron entusiastamente al progreso de las Artes y de la general cultura. Su empeño, entre otras cosas, en atraer artistas de otras ciudades y estimular a los allí nacidos mediante ese plausible mecenazgo, tradújose en interesantes creaciones todavía perdurables en los principales monumentos de la ciudad, que describiremos en sus dos aspectos, histórico y artístico. El ilustre académico don Elías Tormo ha dicho, a propósito del pasado de Sigüenza: «No bastó el calor de la protección episcopal, magnánima (aun en el siglo XVIII), para convertir plenamente en ciudad la población asentada en alturas y sobre peñascales de mucho mayor frío que fertilidad, y sin los elementos, tampoco, de aquella vida industrial más propia de los concejos libres y en ciudades que aprovecharon saltos de agua algo considerables, y eso que tuvo aljama de judíos, importante, en la Edad Media. Pero, a cambio, ha mantenido todo su carácter. Y como propia singularidad, la de que el trazado de sus barrios fué algo sistemático, no sólo en el ensanche de San Roque, del siglo XVIII, sino, aunque ple-